

ANGEL RAMA; LA CRITICA COMO ILUMINACION

Omar Prego

Que un individuo quiera despertar en otros recuerdos que no pertenecieron más que a un tercero, es un paradoja evidente. Ejecutar con despreocupación esa paradoja, es la inocente voluntad de toda biografía", se disculpaba Jorge Luis Borges al emprender la biografía del poeta Evaristo Carriego. Si yo lo cito aquí como acápite de ésto que no es una biografía, sino apenas una reseña escrita bajo el doble agobio del tiempo y de la impresión de que todos hemos sido víctimas de una tremenda injusticia (y de un irreparable empobrecimiento), es porque tengo plena conciencia que la obra ingente de Angel Rama es imposible de ceñir en un trabajo solitario, condenado al dogal de unas pocas páginas.

Angel Rama, muerto junto a su mujer Marta Traba en la plenitud de su capacidad creadora, deja al menos inconclusos dos libros: un ensayo acerca de la situación del escritor latinoamericano, del que ya tenía escritas unas 150 páginas, y otro que iba a ser el fruto de una investigación en los fondos de la Biblioteca Nacional de París. Esta investigación, patrocinada por la fundación Guggenheim, apuntaba a desentrañar el complejo proceso literario del siglo XIX y a rastrear los fundamentos de la realidad e historia cultural latinoamericanas, uno de los temas que lo obsesionaron desde temprano.

Esa frustración, sin embargo, está corregida por una obra generosa y lúcida: 17 libros, decenas de prólogos e introducciones, centenares de artículos dispersos en las más prestigiosas revistas y semanarios de América Latina, Estados Unidos y Europa. Sin contar su actividad docente, que ejerció en universidades como las de su país, Uruguay, antes de la dictadura, Caracas, Colombia, Argentina, Chile, Puerto

Rico y recientemente de Estados Unidos, de donde acababa de llegar a Francia para establecerse aquí después de ser expulsado por los servicios de inmigración y naturalización norteamericanos, que se basaron en cláusulas excluyentes de la ley de inmigración contra "personas con creencias o vinculaciones comunistas".¹

Y aunque Rama se autodefinió como un socialista democrático y negó ser comunista, el Servicio de Inmigración le dijo que debía declararse "disidente comunista" para obtener la residencia permanente.

Dos días antes del accidente, Rama escribió a su abogado norteamericano, Michael Maggio, para comunicarle que no regresaría a Estados Unidos para escuchar un veredicto del Servicio de Inmigración acerca de su caso. "Dado que no me quedan muchos años de vida, he rechazado convertirme en un hombre de incesante litigio", escribió proféticamente.

A los 57 años, Rama era mucho más que un crítico literario en el sentido que corrientemente se atribuye a ese término: era sobre todo un incansable perseguidor de esa realidad que a menudo enmascara la literatura.

En un obituario dedicado a su hermano Carlos, muerto al año pasado, Angel Rama se insurgió contra quienes reprochaban amistosamente a su "hermano mayor" sus múltiples actividades (políticas, históricas, literarias, sociológicas, profesoras) e indicaba que esa crítica era el fruto del desconocimiento de las condiciones en que suele trabajar el escritor latinoamericano.

¹ Despacho de la Agencia Francesa Presse, Washington, 10. de diciembre de 1983.

"Desde los guetos universitarios de los países desarrollados", dijo, esos críticos ignoran "que el intelectual latinoamericano no trabaja meramente para un conocimiento abstracto y objetivo, sino reclamado por las demandas de sus sociedades, participando de sus luchas populares, inmerso en sus problemas cotidianos."²

El tampoco trabajó para un conocimiento abstracto, no fue un *scholar*, un catedrático lejano y condescendiente —y menos un erudito, aunque la vastedad y profundidad de sus lecturas fuera prácticamente insondable— sino un urgido acosador de las más secretas y hondas fuentes de la cultura.

Hijo de inmigrantes españoles, marcado desde la infancia por la lucha antifascista del pueblo español, Angel Rama empezó siendo, allá por los años cincuenta en que lo conocí y nos hicimos amigos para toda la vida, un crítico de una precocidad y de un brillo sorprendentes.

Su primer libro, sin embargo, fue una novela, *Oh sombra puritana*, a la que después consideraría no como un error juvenil, pero sí como el inevitable y necesario enfrentamiento con el meollo mismo de la creación, con su fragor más cercano.

Después, entre los años 1958 y 1968, vino el momento de hacerse cargo de la dirección de la página literaria de *Marcha*, el más prestigioso semanario jamás creado en Uruguay y uno de los más lúcidos de América Latina, imaginado por su director, Carlos Quijano, como un formidable instrumento de remoción de incurias, de narcisismos, de falacias y de autocomplacencias.

Bajo la dirección de Rama, las páginas literarias de *Marcha* se convirtieron en una tribuna abierta a todos los vientos removedores de la literatura, pero sobre todo fueron un foro en el que se debatieron los más apremiantes problemas culturales que en la década de los años sesenta estremecieron a Latinoamérica. Por ella desfilaron los nombres más prestigiosos de la nueva literatura latinoamericana (en ese entonces insuficientemente conocidos, encerrados muchos de ellos en los circuitos restringidos de las élites culturales) como los de Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Juan Carlos Onetti, Jorge Luis Borges, Mario Benedetti, Carlos Martínez Moreno, Carlos Fuentes, Alejo Carpentier, Lezama Lima, Haroldo Conti, Rodolfo Walsh, Fernández Retamar, Oscar Collazos,

Salazar Bondy, Carlos Real de Azúa, y decenas de jóvenes novelistas, poetas, ensayistas.

De ese laboratorio (aunque la palabra, por sus concomitancias asépticas, no es la más conveniente) surgió el libro *Diez problemas para el narrador latinoamericano*, originalmente publicado en la revista *Casa*, que edita en Cuba la Casa de las Américas en su número 26 de octubre-noviembre de 1964.

En ese libro, Angel Rama plantea diez problemas capitales para los escritores de su tiempo, tales como las bases económicas, el problema de las élites culturales, el novelista y su público, el novelista y la literatura nacional, el problema del lenguaje, la novela como género burgués, el don de la creatividad.

Rama no fue nunca un dogmático y muchos de sus planteos, antes que afirmaciones rotundas y complacidas, expresaban dudas e inquietudes que a él le gustaba discutir mano a mano con sus lectores. Así, después de afirmar que "un novelista no se parece nada a Adán; no es aquel que, como imaginó el poeta romántico, despertó y fue nombrando las cosas, haciendo palabras vírgenes para las cosas vírgenes", Angel Rama se interroga (e interroga a su interlocutor) acerca de la existencia de "una literatura nacional".

Para de inmediato precisar uno de los temas que siempre dominó sus búsquedas, el de la ubicación del novelista dentro de un contexto histórico, económico y político-cultural: "El novelista existe dentro de una literatura; si hablamos, en abstracto, diríamos que nace dentro de ella, en ella se forma y se desarrolla, con ella y contra ella hace su creación. Y por lo mismo, es heredero de una tradición y creador de tradiciones. Al menos en los países donde existen literaturas nacionales."³

Esa misma búsqueda es la que lo incita a escribir en 1972 (también con una buena parte de aportes extraídos de las fermentales páginas de *Marcha*) *La generación crítica, 1939-1969* que se propone abarcar "la totalidad del movimiento, buscando presentarlo de modo panorámico y subrayando las líneas tendenciales del proceso intelectual en su relación con la estruc-

² Angel Rama, "Carlos mi hermano mayor", *Cuadernos de Marcha*, segunda época, México, año III, no. 15, septiembre-octubre de 1981, pp. 79-83.

³ Angel Rama *Diez problemas para el narrador latinoamericano*, Síntesis 2 000, Caracas, 1972, pág. 28.

tura sociopolítica en que se inscribe y la evolución histórica del país en esos treinta años".⁴

La generación crítica escrito cuando el país, después de una considerable estabilidad política, de una más que buena situación económica, social y cultural, se hallaba ya a las puertas de la ruptura institucional, del golpe de estado que abrió un paréntesis de ilegalidad y arbitrariedades que ya dura diez años.

El libro es, al mismo tiempo que un repaso de esos treinta años de creación, una angustiada indagación en torno a las razones que condujeron al descalabro: "La pregunta que nos dirige el extranjero no es demasiado distinta de la que se ha venido formulando el hombre común uruguayo, aunque éste, obviamente, con mayor desconcierto y emoción. ¿Qué nos ha pasado? ¿Por qué hemos llegado a esto? ¿Cómo fue que se nos perdió aquel Uruguay? ¿Cómo se concluyó así, tan de golpe, el bienestar, el civilismo, la democracia?"

Y como método de trabajo, de indagación, Rama propone el siguiente: "Sin duda habrá muchos modos de despejar la interrogante; sociólogos, economistas, políticos, la responderán con números y fechas. Pero también podremos venir en ayuda del demandante aquellos para quienes el mundo del arte y la literatura establece la obligada intermediación con lo real, porque pensamos, con Martí, que cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cricones y sus décadas". Para concluir: "Es en la literatura, y más ampliamente en las varias manifestaciones de la cultura, donde buscaremos pistas, desarrollos, evoluciones que condujeron a esta realidad de hoy, porque del proceso transformador, que no es de hoy sino que tiene sus buenos treinta años, ha sido la cultura parte central."

El mismo método abarcador es el que empleara Rama para escribir, por ejemplo, *Rubén Darío y el modernismo o La novela latinoamericana* y para tratar de asir las razones que explican el surgimiento en los años sesenta del llamado *boom latinoamericano*, un tema que todavía sigue suscitando polémicas y controversias.

En esa misma línea puede inscribirse *Los gauchipolíticos rioplatenses (literatura y sociedad)*. "La gauchesca es una poesía política y revolucionaria producto de la primera integra-

ción del creador con un público popular a cuya conducción y al servicio de cuyos intereses sociales se entrega, ofreciéndole la primera imagen artísticamente válida de su quehacer histórico, o sea, situándolo vivamente como el protagonista y promotor de la historia de su tierra", sostiene Rama (p. 47).

Partiendo de ese principio, Rama rechaza la estimación crítica de una obra aislada de su contexto político-social, así como (al referirse a las circunstancias en que esa poesía nació) la visión simplista de la revolución independentista americana, según la cual se trató apenas de un enfrentamiento entre el pueblo y sus jefes burgueses por un lado, contra los ejércitos españoles por el otro.

Paralelamente a su tarea docente y creadora propiamente dicha Angel Rama "sacó fuerzas de la fatiga" para fundar en su país una editorial, Arca y, más tarde, para crear en Venezuela después del golpe militar de 1973 en Uruguay, una de las empresas culturales más formidables de nuestro tiempo en América Latina, la Biblioteca Ayacucho, que ya ha publicado más de cien títulos de los quinientos proyectados.

En una carta del 11 de mayo de 1982, fechada en Washington antes que se desatara la tormenta que lo obligó a salir de Estados Unidos, Angel Rama nos decía: "También yo he estado trabajando duro, casi como una obligación moral en la expectativa del regreso." Y un poco más adelante esto: "Doy clases en la Universidad de Maryland, trabajo sobre esta máquina con empecinamiento, trato de no enterarme de lo que hace mi detestado vecino de la Casa Blanca."

Pero el vecino empezó, en cambio, a ocuparse de la presencia de Angel Rama en esos parajes y finalmente decidió alejarlo para siempre.⁵

⁴ Angel Rama, *La generación crítica 1939-1960*, Editorial Arca, Montevideo, 1972.

⁵ En una carta fechada en Washington el 10 de agosto de 1982, Angel Rama me escribió lo siguiente: "Querido Omar, las cosas empeoraron y el Servicio de Inmigración negó nuestros pedidos de visado, de modo que encaramos un juicio kafkiano en la democrática Estados Unidos: en la decisión dice Inmigración que se basa "in classified material which cannot be discussed in this decision or made available for review", lo que me remitiría a la inverosímil situación legal de tener que probar que soy inocente. No se les hubiera ocurrido mejor a los soviéticos para combatir a los escritores y yo que he denunciado esa situación en múltiples artículos, me encuentro en la misma situación, salvo que en USA. Divertido, ¿no?"

En su número del 10. de diciembre, el *New York Times* escribió que si la muerte del escritor uruguayo podía tener un sentido, "este debe ser el de alentar la eliminación de las barreras ideológicas sin sentido" opuestas por Estados Unidos "contra deseables visitantes e inmigrantes".

Mas adelante, el columnista Anthony Lewis dijo que "en su muerte como en su vida, el profesor Rama constituye un símbolo increpador para aquellos que asignan importancia a los niveles de libertad y de civilización en Estados Unidos". Rama, concluyó Lewis, "murió como una víctima de incivilizadas leyes de inmigración norteamericanas y de burócratas incivilizados".

Cuando la muerte lo sorprendió, Angel Rama estaba encarando la idea de radicarse defini-

tivamente, o al menos por un largo período, en París. "Este será mi último viaje por mucho tiempo", nos dijo pocos días antes de embarcarse con destino a Bogotá para asistir a una Conferencia de la Hispanidad convocada por el presidente de Colombia, Belisario Betancur.

"Tengo un compromiso con Belisario Betancur, que tanto se preocupó e hizo para impedir mi expulsión de Estados Unidos y voy a asistir. Pero después vuelvo al trabajo y no me moveré en mucho tiempo", aseguró.

Ni él ni nosotros podíamos sospecharlo, claro, pero ya los fúnebres dados de que hablaba César Vallejo, uno de sus poetas más queridos, habían rodado del lado de las sombras.

París, 2 de diciembre de 1983.

MANZANAS ROJAS

Eduardo Galeano

Hace ya algunos años, en un hospital de Caracas, desperté y lo vi. Yo había pasado una jodida noche de fiebres matadoras, la cabeza hirviendo y crujendo, pero al despertar todo dolor había cesado y me restregué los ojos y me palpé la frente fresca. Entonces lo vi. Angel Rama estaba a los pies de la cama, parado entre dos cortinas y abrazando una enorme cantidad de manzanas.

—Buenos días —me dijo y dijo alguna crueldad que nos hizo reír. Después se sentó en la cama; y mientras comíamos manzanas, nos tomábamos mutuamente el escaso pelo. Después, como siempre, discutimos. De qué, no sé: el oficio de escribir, o la política, o la historia, o vaya uno a saber, él arbitrario y yo también, él tozudo y yo también, hasta que una enfermera abrió las cortinas y nos hizo callar. Pero otra vez la

discusión subió de tono, y otra vez a callar, y otra, imparable fervores y clamores; y al final vino un doctor y me echó la visita.

Angel nunca fue objetivo. A veces hacía como que era, porque la crítica literaria, al fin y al cabo, exige; pero ni él se lo creía. Amando y odiando leyó lo que leyó, que fue todo lo que leerse pueda, y escribió lo que escribió y dijo lo que dijo; y por lo que escribió y dijo fue amado y odiado. El siempre pensó, como quería Isaac Babel, con el corazón.

Su asombrosa energía creadora no lo dejaba dormir. Esa energía nos seguirá despabilando. Yo no escribo estas líneas a modo de nota necrológica, inútil homenaje, sino para celebrar las feroces discusiones que seguiremos teniendo y para agradecerle las manzanas rojas y jugosas que me seguirá trayendo en todas las próximas mañanas de resurrección.